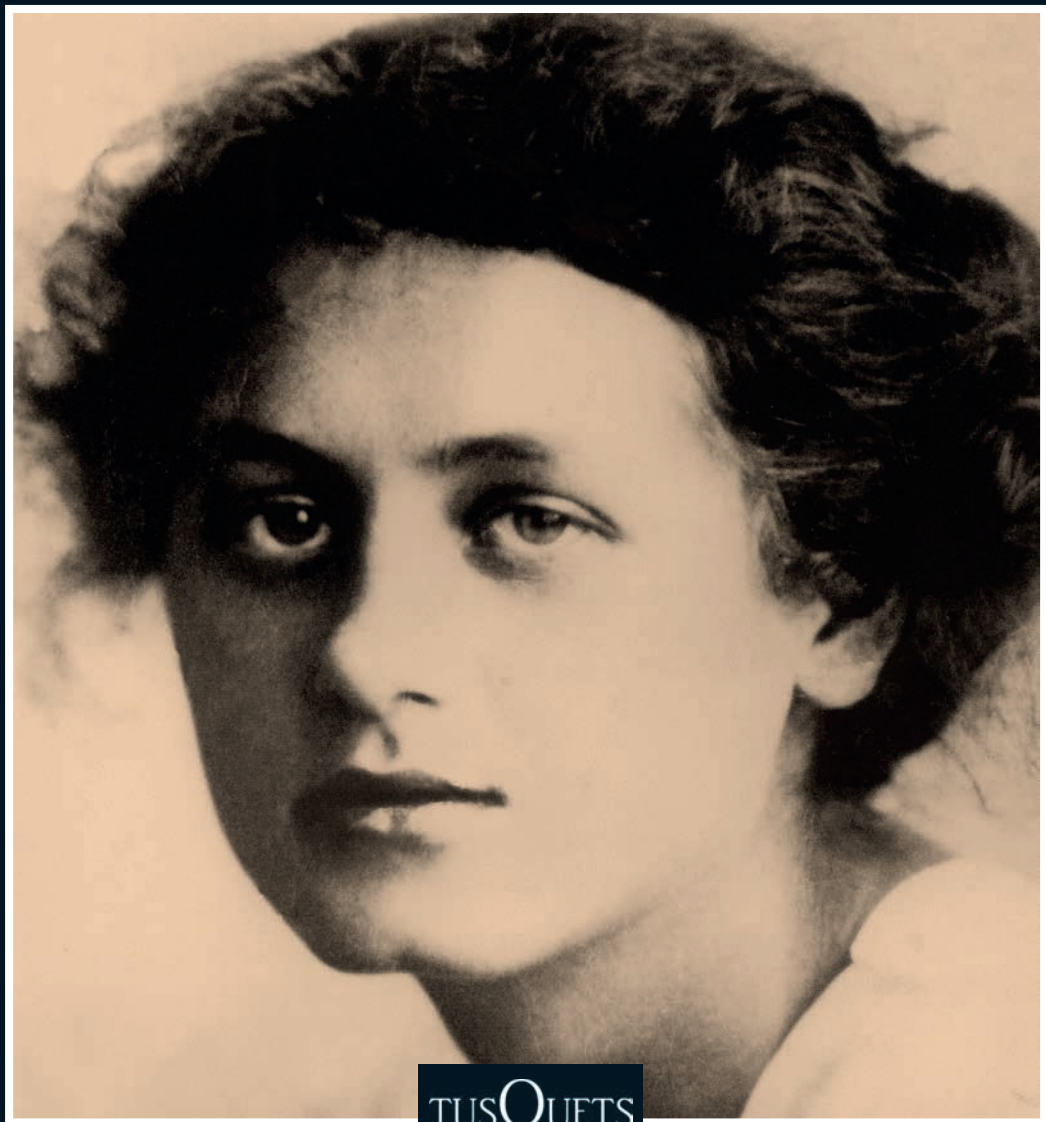


Margarete Buber-Neumann

MILENA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

MARGARETE BUBER-NEUMANN
MILENA

Traducción de M.A. Grau

TUSQUETS
EDITORES

Índice

Agradecimientos.....	9
Prólogo.....	11
Encuentro en el Muro de las Lamentaciones.....	15
Más fuerte que todas las barbaries.....	27
Jan Jesensky.....	33
El despertar de las «minervistas».....	43
La amante.....	57
En lo más hondo del abismo.....	69
Franz Kafka y Milena.....	79
El camino hacia la simplicidad.....	97
Matrimonio y enfermedad.....	111
En un callejón sin salida.....	121
Nuevas perspectivas.....	131
La periodista política.....	137
<i>Mater misericordiae</i>	151
No permitas que nos extingamos.....	163
La explosión exterminadora.....	171
Un ser libre.....	191
«Una época triste apunta sobre el horizonte».....	199
Bajo protección.....	205
Fanatismos.....	213
Amistad por encima de la vida y de la muerte.....	225
Su último cumpleaños.....	245
El final de Milena.....	249
Notas biográficas.....	257
Notas.....	263

Encuentro en el Muro de las Lamentaciones

El 21 de octubre de 1940 recibí la primera carta de Milena, una hoja arrugada que alguien metió secretamente en mi mano en el callejón del campo de concentración. Entonces nos conocíamos sólo desde hacía unos días. Pero ¿qué pueden significar unos días cuando el tiempo no transcurre en horas y minutos, sino que se cuenta con los latidos del corazón?

Fue en el campo de concentración para mujeres de Ravensbrück donde nos encontramos. Milena había sabido de mí por una alemana que había llegado al campo en su mismo transporte. La periodista Milena Jesenská quería hablarme, quería saber si efectivamente los sóviets habían entregado a Hitler emigrantes antifascistas. Milena se acercó a mí durante el paseo de las «recién llegadas» por el estrecho camino situado entre la parte posterior de los barracones y el alto muro del campo, coronado de alambradas con cargas de alta tensión, el Muro que nos separaba de la libertad. Se presentó diciendo: «Milena, de Praga». Para ella era más importante su ciudad natal que su apellido. Nunca he olvidado el gesto con que me tendió la mano en ese primer saludo, la fuerza y la gracia de su movimiento. Cuando su mano reposaba en la mía, dijo en un tono ligeramente irónico: «Por favor, nada de apretones como soléis hacer los alemanes. Tengo los dedos enfermos...». Contemplé un rostro marcado por los sufrimientos y la palidez de la reclusión. Pero la impresión que causaba de estar enferma desaparecía en el acto ante la fuerza de su mirada y la vitalidad de su porte. Milena era alta, de hombros anchos y rectos, con una cabeza muy distinguida. Los ojos y la

barbilla delataban gran iniciativa, y la boca, de hermoso brío, un exceso de apasionamiento. La nariz, muy fina y delicada, destacaba en su rostro confiriéndole un aire quebradizo, al tiempo que la seriedad de su frente algo abombada quedaba suavizada por los pequeños rizos que la enmarcaban.

Estábamos de pie en el estrecho camino, impidiendo el paso a las demás mujeres, obstaculizando totalmente la marea humana que iba y venía. Las mujeres se pusieron furiosas e intentaron empujarnos de mala manera; yo sólo deseaba poner fin cuanto antes a nuestro saludo y retomar el ritmo prescrito del paseo. Después de tantos años de reclusión yo había aprendido a amoldarme a las normas externas de esos rebaños de reclusos. Pero Milena carecía totalmente de esta capacidad. Se comportaba en el callejón del campo de concentración exactamente igual que si nos hubieran presentado en el bulevar de cualquier ciudad en época de paz. Prolongaba el saludo.

La alegría de conocer a alguien nuevo la embargaba por completo, o tal vez era la pasión periodística de ahondar en el destino de un desconocido. Impertérrita ante los murmullos de protesta que nos rodeaban, saboreaba el encuentro con absoluta tranquilidad. En los primeros minutos me alteró su despreocupación, pero luego empezó a fascinarme. Tenía ante mí a una persona con el orgullo todavía sin quebrantar, ¡un ser humano libre en medio de todos los humillados!

Después continuamos como las demás, en medio de la nube de polvo que levantaban nuestros chanclos de madera, arriba y abajo del «Muro de las Lamentaciones», nombre que Milena había puesto a este camino.

Cuando uno se encuentra en su día a día con alguien, aunque nos sea totalmente desconocido, su manera de vestir ya nos dice algo acerca de él, nos indica casi siempre, en cualquier caso, en qué círculos se desenvuelve. Pero «Milena, de Praga» llevaba el mismo vestido de reclusa que yo, largo, amplísimo, de rayas, el delantal azul y el pañuelo en la cabeza, como estaba mandado. Lo único que sabía de ella es que era checa y periodista. Hablaba con un ligero acento checo, pero no como una extranjera; do-

minaba completamente el alemán y tanto su riqueza de vocabulario como su facilidad de expresión me cautivaron ya en los escasos diez minutos de nuestro primer encuentro.

Tras unas palabras de despedida, después del usual «¡Hasta la vista!», regresé corriendo a mi barracón sin saber muy bien qué me pasaba. Permanecí el resto del día ciega y sorda a todo. El nombre de Milena llenaba todo mi ser y me sumergí voluptuosamente en su agradable sonoridad.

Únicamente quien haya estado solo entre miles de personas, y además en un campo de concentración, es capaz de calibrar la vehemencia de mis sentimientos. A principios de agosto de 1940 me habían llevado a Ravensbrück. Detrás de mí quedaban los horribles años en la Rusia soviética: mi detención por parte de la NKVD^a en Moscú, la condena a cinco años de trabajos forzados, mi estancia en el campo de concentración kazajo de Karagandá, y posteriormente mi entrega a los alemanes por parte de la policía estatal rusa, en 1940.

Interrogada durante meses por la Gestapo de Berlín, fui finalmente conducida a un campo de concentración alemán. A los tres días de mi llegada a Ravensbrück, las reclusas comunistas me asediaron a preguntas, pues sabían que yo era la esposa de Heinz Neumann^b y que no ocultaba nuestra amarga experiencia en la Rusia soviética. Después del interrogatorio me pusieron la etiqueta de «traidora» y afirmaron que yo propagaba mentiras sobre la Rusia soviética. Dado que las comunistas pertenecían a la élite de las reclusas en Ravensbrück, la marginación que me impusieron obtuvo el éxito que deseaban: las presas políticas me evitaban como si tuviera una enfermedad contagiosa.

La checa Milena Jesenská fue la primera de las presas políticas que no sólo habló conmigo, sino que además me creyó y me otorgó su confianza. Me sentí afortunada por haber sido llevada a Ravensbrück, pues allí había encontrado a Milena.

^a Organismo que fue sustituido por el KGB. (*N. del E.*)

^b Situados detrás de un nombre propio, los asteriscos remiten a las notas bio-gráficas agrupadas al final del volumen. (*N. del E.*)

Ravensbrück está situado en Mecklemburgo, a ochenta kilómetros al norte de Berlín. En 1940, la Gestapo había encerrado allí aproximadamente a cinco mil mujeres: presas políticas, judías, presas por motivos religiosos, gitanas, delincuentes y asociales. Al final de la guerra había en Ravensbrück alrededor de veinticinco mujeres. Al principio, el campo constaba de dieciséis barracones de una planta; durante el transcurso de los años pasaron a ser treinta y seis, en los que metían a las mujeres apiñadas como sardinas. Exceptuando a las delincuentes y a las asociales, el resto de las mujeres a las que tiraban como trapos al campo eran amas de casa, madres, chicas jóvenes; de carácter diferente, es verdad, pero exactamente iguales a cualquier persona en libertad. El primer año había relativamente pocas opositoras al régimen, aparte de las alemanas, de las polacas y de las checas. Más adelante el número aumentó considerablemente debido a los movimientos de resistencia que iban surgiendo en los diferentes países ocupados por Hitler.

A las presas políticas se les hacía algo más llevadera la adaptación a la vida del campo. Ellas habían luchado y eso daba un sentido a su sacrificio. Su internamiento en el campo de concentración les demostraba que eran un peligro para el nacional-socialismo. Eso hacía crecer su autoestima. Pero el grueso de las reclusas estaba formado por personas que habían llegado a aquel horrible campo sin saber exactamente por qué.

Todas las presas continuaban viviendo mentalmente con sus hijos, con su marido, con su familia, es decir, la vida de donde habían sido arrancadas. Y en este estado de profunda desesperación eran arrastradas a un campo de concentración por un tiempo indeterminado. Se las obligaba a actuar bajo órdenes militares, no tenían ni un solo minuto del día para sí mismas, todas las actividades se llevaban a cabo en compañía de cientos de personas; a cada paso que daban, a cada palabra, chocaban con otro ser desconocido e igualmente desgraciado. En medio de aquella masa humana, una tal vez podía encontrar, en cada barracón, un par de personas hacia las que se sintiese atraída, pero la gran mayoría se comportaba de forma insoportable. Las SS obliga-

ban a las mujeres a trabajar duro, pasando hambre, frío; eran adultas y sin embargo las increpaban, se burlaban de ellas e incluso les pegaban.

Ya en el momento de perder su libertad se produce, en cualquier persona, un cambio radical en su forma de ser. Pero si además de enfrentarse diariamente a la tortura de la detención se le obliga a vivir con el continuo miedo a la muerte, el preso sufre un *shock* tan profundo que sus reacciones no pueden seguir considerándose normales. Algunos se tornan brutalmente agresivos para defender su vida, otros belicosos y predispuestos a cualquier traición, otros se sumergen en una resignación sorda y desesperada, sin hacer frente ni a la enfermedad ni a la muerte.

Todo preso tiene que experimentar una serie de estados anímicos durante el tiempo que dure su reclusión. Si no logra superar el primer *shock* del internamiento en un campo de concentración, corre especial peligro. Para sobrevivir, uno debe adaptarse de alguna manera a esta situación extrema, es necesario darle un sentido a la nueva forma de vivir, por espantosa que ésta sea. Cada cual debe superarse a sí mismo y encontrar un equilibrio nuevo. Muy pocas lo conseguían. Milena sí lo consiguió, pese a llegar enferma al campo. Ya en los primeros días, siempre desorientadores, de su estancia en Ravensbrück, demostró un profundo interés por otras detenidas gracias a su fuerza espiritual.

Milena pertenecía aún a las recién llegadas; a éstas las llevaban a un barracón especial y las separaban de las demás durante el breve «paseo» diario. Yo me mezclaba cada día con las nuevas; esto sólo podía hacerlo porque, por ser la jefa del barracón de las testigos de Jehová, llevaba un brazalete verde, lo cual me permitía cierta libertad de movimientos dentro del campo. Milena me esperaba cada día en el Muro de las Lamentaciones. Yo sabía muy bien lo que sufrían las mujeres durante las primeras semanas en el campo, cuando todos los horrores eran nuevos. Sin embargo, Milena no malgastó ni una palabra para contar sus sufrimientos. Cuando nos veíamos, se dejaba llevar por su pasión de periodista. Jamás he vuelto a encontrarme con nadie que dominara como ella la profesión periodística. Formulaba las pre-

guntas con una gran fuerza de sugestión, y en cuanto se dirigía a alguien tenía la capacidad de establecer una relación muy personal ya desde el principio. Nunca representaba ningún papel ante su interlocutor, ni se ocultaba jamás tras una máscara. En todas sus conversaciones creaba un clima de espontaneidad, pues se identificaba con la persona a la que entrevistaba. Le había sido dado el don de la empatía.

Cuando me preguntaba acerca de mis vivencias en la Rusia soviética, también ella parecía retrotraerse a aquella época. Su fantasía se vinculaba de tal modo a mi pasado que a menudo conseguía clarificar y hacerme revivir lo que yo había olvidado hacía tiempo. No quería conocer únicamente los hechos, quería ver vivos a quienes yo había conocido en mi largo peregrinaje de cautiverio en cautiverio, quería enterarse de detalles acerca de sus peculiaridades, de lo que hablaban, e incluso pretendía escuchar las canciones que cantaban los infelices en aquellos lejanos campos de concentración. Preguntaba de tal manera que parecía que estuviese creando algo, de ahí que yo pudiera darle por vez primera una forma narrativa al informe sobre mis experiencias. Fue como si Milena me transmitiera su capacidad creativa.

Pero su afán de saber no se conformaba con el relato de lo que había ocurrido en la Rusia soviética, que yo tenía que contarle día a día, sino que me hacía preguntas que me obligaban a profundizar en mi pasado político. «¿Durante cuánto tiempo estuviste convencida de que el Partido y el Komintern tenían verdaderamente la intención de establecer en el mundo un sistema económico y político que garantizaría a todos los hombres trabajo, pan y libertad?» Me esforcé en recordar y pronto me acordé de mis primeras dudas sobre el comunismo, dudas que en los años veinte me venían a la mente una y otra vez, pero que siempre apartaba por el deseo ferviente de no perder mi creencia política.

Ambas constatamos, pues Milena también había sucumbido temporalmente a la doctrina comunista, que un comunista es extraordinariamente imaginativo cuando se trata de inventar dis-

culpas ante los fallos evidentes de su partido o el incumplimiento del programa originario; hasta que el Partido no le hiere en sus sentimientos más profundos, no es capaz de reconocer la falsedad del comunismo y encontrar por tanto la fuerza suficiente para salirse de él. Y juntas empezamos a indagar en las raíces de la maldad del comunismo.

Milena no conocía personalmente la Rusia soviética. Pero debido a las noticias de los sucesos de 1936 y del primer proceso de Moscú que trascendió, abandonó el Partido Comunista Checo. A partir de entonces se dedicó como periodista a seguir con suma atención el cruel desarrollo de las grandes purgas tras el telón de acero, y en un artículo dedicado a las mentiras difundidas por la emisora de la radio de Moscú planteó las siguientes cuestiones a los comunistas rusos: «Nos interesaría saber qué ha sido de los muchos comunistas y sencillos trabajadores checos que hace años fueron a Rusia. [...] ¿Nos enteraríamos al final de que la mayoría de ellos se hallan encarcelados? Así es como los soviéticos», sigue escribiendo, «tratan a las personas que fueron lo bastante locas como para creer que ser comunista significa estar bajo la protección soviética». Y refiriéndose a la triste suerte de los comunistas alemanes que emigraron a Checoslovaquia, termina el artículo con esta frase: «Entre ellos [los emigrantes comunistas] hay personas a las que yo valoro muchísimo y otras a las que desprecio, pero, sea como sea, mi aversión jamás llegaría tan lejos como para desear que ninguna de ellas fuera acogida actualmente en la “patria mundial del proletariado”».¹

Sin embargo, los conocimientos de Milena acerca de las condiciones que atentaban contra la dignidad humana en la «patria mundial del proletariado» eran puramente teóricos, y por eso yo comprendía la tensión con que ella escuchaba mis informaciones. ¿Qué se sabía en el mundo occidental en 1940 acerca de las detenciones masivas y de los campos de esclavos en Rusia? Milena comprendió enseguida la importancia de mi testimonio documental y —creo que nos conocíamos perfectamente, aunque sólo fuera desde hacía una semana— me expuso su plan: «Cuando estemos de nuevo en libertad, escribiremos juntas un

libro». En su fantasía surgía una obra sobre los campos de concentración de las dos dictaduras, con sus recuentos de la gente a gritos, sus columnas uniformadas marchando y la humillación de millones de seres humanos convertidos en esclavos; una de las dictaduras en nombre del socialismo y la otra para el bienestar y la prosperidad de los dominadores.

El libro llevaría por título *La época de los campos de concentración*. Ante su propuesta me quedé muda de espanto. ¡Escribir un libro! ¿Pero qué idea tenía Milena de mí? ¡Yo era totalmente incapaz de escribir una sola línea! Milena, sin embargo, plenamente entusiasmada por nuestra futura tarea, no percibía en absoluto mi miedo. Incluso me aclaraba cómo íbamos a colaborar una y otra: «Tú te ocupas de la primera parte, con todo lo que me has contado, y la segunda parte, lo que ahora estamos viviendo, la escribiremos juntas...». Cuando recuperé el habla y objeté tímidamente que yo era incapaz de escribir, se quedó de pie ante mí y agarrándose suavemente de la nariz, como se suele hacer con un cachorrillo, dijo: «Pero mi pequeña Grete, quien es capaz de contar las cosas como tú, también puede escribir. A mí se me da mucho peor; ni siquiera soy capaz de describir cómo atraviesa alguien una puerta. Por otra parte, has de saber que toda persona puede escribir, si no es analfabeta, claro. ¡Todavía hoy revives el miedo que te daba escribir redacciones en la escuela!».

A quienes, al igual que yo, han venido al mundo en una ciudad como Potsdam y han sido educados allí, les resulta muy difícil hablar de sentimientos, de amor, de sufrimiento profundo, de felicidad. Estas inhibiciones no existían para Milena. Se burlaba de mí, «pequeña prusiana». También se refería a sí misma, cada vez más, como «pequeña checa», y en este contexto no ahorra críticas a las peculiaridades de su pueblo, al que amaba tierna y dolorosamente. Pero nunca descubrí en ella el menor síntoma de estupidez nacionalista, fenómeno que desgraciadamente proliferaba cada vez más en Ravensbrück entre las detenidas de las diferentes naciones.

Milena, que no dejaba nada sin averiguar, se enteró pronto de cuál era mi mayor dolor. Una vez empezó a hablarme de

Heinz Neumann. Quería saber qué clase de hombre era. A su pregunta: «¿Le amabas mucho?», las lágrimas que contuve ahogaron mi respuesta. Desde que Heinz había desaparecido en Moscú a manos de la NKVD, sólo habían transcurrido tres años, pero en ese tiempo no paraban de asaltarme las más torturantes ideas sobre su final y había perdido la esperanza de volver a verlo. La desesperación que intentaba ocultar me dominaba. Pocas personas poseen el don de consolar a los demás. Hay que vivir el dolor del otro y sufrir con él. Milena me ayudó a curarme y halló el camino hasta mi corazón.

Cada vez que nos encontrábamos me volvían a asustar las manos hinchadas de Milena, la palidez de su rostro. Yo sabía que tenía dolores, que en los largos recuentos al aire libre pasaba mucho frío y que por las noches no podía llegar a calentarse debajo de la delgada manta. Pero en cuanto intentaba hablarle de su salud se reía y cambiaba de tema; y siempre conseguía distraerme de mis temores y de mi preocupación. En 1940 todavía daba la impresión de ser inquebrantable, animosa y llena de iniciativas. Su fortaleza de espíritu triunfaba aún sobre su debilitado cuerpo.

Por otra parte, yo tenía muy claro que ella pasaba hambre, pero jamás malgastó ni una palabra para mencionarlo. En una ocasión no pude contenerme más y le di mi ración de pan. La rechazó muy ofendida. No comprendí en absoluto su reacción. Mucho tiempo después me explicó por qué había actuado así. El mero hecho de pensar que yo pudiera regalarle pan le había horrorizado, ya que en nuestra amistad quería ser ella quien diera. Quería ser ella quien regalara, quien se ocupara de mí. Cuando le conté que tenía parientes, madre y hermanos, pareció decepcionada, incluso desgraciada. Hubiera deseado que yo estuviera sola en el mundo, que dependiera de sus cuidados y de su ayuda. Para ella la amistad equivalía a hacer-todo-por-el-otro, a sacrificarse por el otro.

La sola presencia de Milena constituía una protesta continua contra el régimen del campo. Nunca respetaba las marchas en filas de a cinco, no se levantaba, como estaba mandado, cuando llamaban para el recuento, no se daba prisa cuando lo ordenaban, no se doblegaba ante los superiores. Ni una sola de las palabras que salían de su boca respondía a «las normas del campo». Mientras las SS, sorprendentemente, se echaban atrás frente a la superioridad de Milena, las prisioneras políticas, y en especial las comunistas, pertenecientes a la élite de ese grupo y afeerradas a la disciplina, se irritaban cada vez más ante su comportamiento. Me acuerdo de una llamada para el recuento una tarde de primavera. Tras el muro del campo, los árboles empezaban a reverdecer. El aire que venía de allí era suave y puro. No se oía ni un solo ruido. Milena se había olvidado, seguro, del campo de concentración y del recuento de prisioneros, tal vez se había ido, en sueños, a cualquier parque de las afueras de Praga, donde el azafrán florece en los prados. De repente, Milena empezó a silbar una cancioncilla para sí... ¡y provocó un estallido de ira entre las comunistas que nos rodeaban! El duro comentario de Milena fue: «¡Ésas lo tienen muy fácil! Han nacido para ser prisioneras, llevan la disciplina en la médula de los huesos».

En otra ocasión marchaba por el callejón del campo alineada con las demás, obedeciendo la llamada al trabajo. Yo estaba en una esquina y quería saludarla con la cabeza cuando pasara. Me vio, se quitó el pañuelo blanco de la cabeza, que siempre teníamos que llevar puesto, y lo agitó riendo hacia mí por encima de las cabezas de las otras reclusas, rígidas de sorpresa, y de las SS, absolutamente perplejas.

Pero el odio de las comunistas hacia Milena tenía también otras raíces. Muy al principio, cuando empezábamos a encontrarnos con regularidad durante la escasa media hora del paseo, las reclusas checas comunistas comenzaron a observar nuestra amistad con desagrado. Yo le había contado, lógicamente, el interrogatorio al que me habían sometido las comunistas alemanas y temía que a ella le ocurriera algo parecido. De ahí que me

sorprendiera mucho cuando Milena me comunicó que las comunistas checas no la consideraban traidora, pese a su ruptura con el Partido Comunista, sino que la trataban con atención, y que incluso le habían proporcionado un trabajo ventajoso en la enfermería. Las prisioneras podían hacer esto perfectamente porque en Ravensbrück, a diferencia de los otros campos de concentración en los que las delincuentes llevaban la voz cantante, la dirección de las SS suavizaba los trabajos, en especial los de las prisioneras políticas, dejando que tuvieran una especie de autogestión. A estas prisioneras se les daban unos «cargos», y se creaba así para ellas una escala superior, una especie de rango. Las SS nombraban a las visitadoras de campo, a las jefas de barracón, a las encargadas del trabajo (es decir, las que lo distribuían), a las administrativas, a las enfermeras y, más adelante, incluso a las médicas. Por supuesto, también a las policías de campo. Las reclusas que ocupaban dichos cargos eran una especie de bisagra entre la autoridad de las SS y la masa de las esclavas del trabajo. En el cumplimiento de sus funciones tenían una influencia decisiva sobre sus compañeras de cautiverio y algunas hacían cuanto podían para suavizar la miserable vida del campo. Pero otras —y desgraciadamente no era raro— se identificaban con las SS, los opresores. Dado que el número de prisioneras aumentaba constantemente, las SS necesitaban cada vez más reclusas para la organización del campo y tenían muy en cuenta sus propuestas, ya que ellas conocían mucho mejor la cualificación profesional de sus compañeras. Las comunistas de Ravensbrück, por supuesto, procuraban los mejores puestos de trabajo casi exclusivamente a sus camaradas. De ahí que resultara aún más sorprendente que ayudaran a una enemiga política. Ello demuestra la gran fuerza que irradiaba la personalidad de Milena.

Pero la amistad entre Milena y yo había llegado, en su opinión, demasiado lejos. Sus portavoces, Palečková e Ilse Machová, la abordaron y le preguntaron si sabía que yo era en realidad una trotskista que propagaba unas mentiras infames sobre la Rusia soviética. Milena escuchó con atención aquella manifestación de odio, pero les respondió que ya había tenido ocasión de

juzgar por sí misma la información que yo le había dado acerca de Rusia y que no dudaba en absoluto de mi testimonio. Poco después de esta primera advertencia, las comunistas plantearon a Milena una especie de ultimátum: tenía que decidir entre seguir formando parte de la comunidad checa de Ravensbrück o continuar su amistad con la alemana Buber-Neumann. Milena tomó su decisión a sabiendas de las consecuencias que eso le acarrearía. A partir de aquel momento fue perseguida por las comunistas con la misma saña con que me perseguían a mí.